

carémos algo que comer. Van donde es malo y caro, vuelven á merendar y á dejar el poco dinero que habia quedado.

A un loco le preguntaron que dónde tenia Madrid su tesoro, y él respondió: El día de toros en los figones. Preguntando á este mismo loco que cómo habia perdido el juicio, respondió: Porque me engendró mi padre en un día de toros, cuando no hay juicio en el mundo, y así salí tan falto dél. Y preguntándole una mujer que por qué se holgaba de ser pobre, respondió: Por no tener que dar á las mujeres, aunque quiera.

DISCURSO V.

Un filósofo dijo que salía tarde la dádiva de la mano del que la da, cuando ha dado lugar á que hayan salido colores en el rostro del que pide; mucha vergüenza gasta en este mundo el que nació pobre, pues salió al puerto de la miseria, reconociendo vasallaje al que puede mas; no puede ser todo igual, pues para conocerle la riqueza ha de haber pobres que carezcan della, y ricos que la gocen; con la riqueza se tapa la boca al quejoso, y con la riqueza nacen alas en los piés del perejoso; en la gente comun no se llama el no tener pobreza, llámala desdicha; el moderado gasto y conocimiento de su poder hace á muchos hombres ricos: digolo, prosiguió Juanillo, por esta tropa de gente de hábito negro que ves parados en esta plaza, que unos están lucidos de cara, y otros de vestidos. Dime, preguntó Onofre, quién son, y tantos juntos, que yo he imaginado si aguardan algun entierro. No has dicho mal, respondió Juanillo, que estos hombres aguardan moros que cautivar, y quien cautiva cierto es que prende, y gente cautiva ó presa la llaman desgraciada; y así, al desgraciado cuando le prenden le entierran. Estos son sastres que están aguardando la flota en el maestro que los viene á buscar, pues si no conocen en los recados de los vestidos que han de hacer mas granjería que en el jornal, no quieren trabajar, y si la conocen y ven que hay con qué añadir el pendon, se ajustan; y en cayendo el moro, van al punto á la redencion, que es aquel portal de allí en frente tan adornado de gallardetes y banderolas en sus postes; llámale de los ropavejeros, y yo le llamo bergantín de maulas. Hay entre estos algunos que de los ahorros se visten, y para que lo notes, repara en aquel que vuelve el rostro á nosotros; mírale desde el tronco á la altura, y verás en los zapatos y las medias compradas con el jornal, que como es miserable, así salieron ellos y ellas; los calzones son de tafetan doble, como quien los posee, y ya se rien de su dueño primero porque fué bobo, y del segundo porque no es tonto; la ropilla tiene los pechos de paño, y las espaldas de bayeta; la capa mira cómo blanquea con la edad, que luego arroja las flores al rostro; solo por esto la quieren mal las mujeres, porque las planta los años en la cara, aunque mas lo encubran con sus afeites; la valona, aunque la pone debajo tafetan de pliego, blanquea poco, y yo apostaré á que la golilla se acuerda de la

batalla naval, segun muestra la antigüedad; al sombrero bien se le conoce haber salido del sitio de los valientes, y por eso está tan caído de faldas, que parece que su amo toma liciones de viudo, y aunque le da manos, no toma bríos; la toquilla es de manto, y el aforro tambien; y cree, amigo Onofre, que no es murmurar, que bien conozco que son pobres, pues aguardan á otros para que los den de comer, y el tiempo no está para comer á gusto ni vestir á uso; y tambien hay algunos que se aventajan en vestidos á los que pueden mas. Y aun eso es parte, dijo Onofre, de la perdicion de caudales deste lugar, que segun he oido, dicen que un cortador de carne se echa tantas galas y mas que un almirante. Así es, respondió Juanillo; pero hasta hoy no he visto regla en esto, porque son los que mejor pueden.

Divertidos en su plática estaban, cuando vieron á una mujer que, puesta la mano en una mejilla, iba dando alaridos que llegaban al cielo; preguntóla Onofre qué tenia ó qué era la causa de su tristeza; y ella llorosa dijo casi por señas que muela era quien aumentaba toda su pena. ¡Ah cuerpo humano! repetía entre sí Onofre; si una muela te da tan mal rato, siendo una parte tan pequeña, que te hace no estar en tí, sin comer ni dormir ni acordarte de cosa, ¿qué dolor será aquel tan fuerte como cierto de la hora del morir? Qué batallas tendrán entre sí los sentidos, como cuando muere un poderoso y deja muchos herederos, que siendo todos unos y hermanos, lo mas comun, sobre sí á tí te mejoró ó te dió en vida mas que á mí, se forma entre ellos una perpetua enemistad, siendo antes que muriera su dueño unos y conformes? Así los sentidos turbados y descompuestos, cada uno fuera de sí pretende reinar, hasta que todos dan con su dueño en la tierra, siendo el pobre cuerpo el que solo es el que, si tiene algun sentido, siente penas, desasosiegos y inquietudes y sobra de dolores. Anda acá, Juan, dijo Onofre, verémos sacar la muela á esta mujer, que ya hice reparo al pasar en la percha del sacamuelas, que parece en su aparato que el dueño ha robado algun cementerio; bravo ruido tendrá su tienda el día del juicio sobre buscar cada uno sus muelas; ¡qué de bocas abiertas se verán sobre el ajuste de aquellas menudencias! Llegaron al puesto del sacamuelas, sin dolor suyo, cuando, en mala hora para la paciente, la hizo abrir el maestro de la referida profesion una cuarta de boca y echar al aire otra tanta lengua; y despues de haberse lavado dos ó tres dedos de cada mano en la boca de la paciente, la preguntó cuál muela era la que le dolia; señalóla la mujer, y él volvió á enjuagar los dedos, y luego sacó un estuche, ó dél una herramienta, que llaman gatillo, que es peor que un gato de desvan, y aprestándose á la obra, siempre la pobre mujer la boca abierta, y no por escuchar sus gracias, esperando en el doler el descanso, la sacó una muela sana, y dejó la dañada. La mujer dió un grito, que le puso en el cielo, y acabó con un ¡ay pobre de mí! revuelto entré bocanadas de sangre, y mas cuando aplicó la punta de la lengua al lugar que pensó hallar vacío, y le halló ocupado con su antiguo huésped,

que desocupando la boca de la mucha sangre que la salía, dijo: ¡Desventurada de mí! Señor, ¿qué ha hecho, que me ha dejado la muela mala en la boca, y me ha sacado una sana? ¿En qué pensaba cuando tal hizo? Pero el socarrón del maestro, medio riéndose, la dijo: Calle, que esa muela tambien estaba dañada; si mañana habia de volver á buscarme, ya lleva hecha esa diligencia; vuelva acá la cara la sacaré esotra. La mujer, ya puesta en la obra, volvió á abrir la boca llena de sangre, y él asió la muela dañada, porque ya habia para acertar con ella señales de ruina, pared y medio; sacóla, y la mujer, arrojando sangre y quejas, se fué, y el sacamuelas la siguió y asió del manto diciendo que le pagase; pero la mujer, llena de enojo, escupiendo á cada palabra, le dijo: Cuando me vuelva la muela á la boca y ponga tan firme como antes estaba, yo le pagaré, y en el inter Dios le dé en pago tanto dolor como yo llevo. Fuése dejando su tragedia gente y sobrados muchachos, que nunca faltan en fiestas deste color. Uno decia: Mala mano, otro: Tal te guie Dios; otro: Antes me dejara morir que ponerme en las uñas de tus gatillos; y el maestro de errar á todo se hacia sordo, y por disimular tomó un braguero y se puso á coser, con que la gente poco á poco le fueron dejando solo. Tambien mudaron de sitio los dos amigos, que á ratos se reian, y á ratos se admiraban. Prométote, amigo Onofre, dijo Juanillo, que me dolia una muela mucho, y con lo que he visto se ha ido el dolor, y si vuelve, tengo de venir á este Japon, pues solo su vista hace huir el dolor con la memoria del martirio. Dime, por tu vida, dijo Onofre, qué gente es aquella que en aquel portal se anda paseando, unos en cuerpo y otros la capa terciada, y si no me engaño, ocupan una mano con una escobilla de limpiar, que á traer toalla al hombro, creyera que pedían para la maya. Estos, dijo Juanillo sonriéndose, son mancebos, llamadores en tiendas de sombrero, y son tales, que vuelven loco al que llega á comprar, y aunque sea amigo, lleva que contar agravios. ¿En qué manera? preguntó Onofre; ¿tenemos otro sacamuelas? No, prosiguió Juanillo; pero escucha, que sin dolor interior del que llega á comprar son peores esos.

Llega uno, y pide un sombrero, á quien con agasajos y monerías le dicen que entre dentro en la tienda, ó asiéndole de la capa casi á fuerza lo hacen, porque si queda fuera, otro de pared y medio, que alerta está, con la vista mas atenta que perro que aguarda presa, le hace señas y se le lleva. Estando dentro, le sacan un sombrero del género que pide, pero no tan bueno como le quiere; dice que no le gusta; arrímanle y sacan otra suerte mejor; toma el vendedor un sombrero y sacúdele, y luego le limpia con la escobilla, que siempre anda con ellos, y despues de limpio se quita el suyo, si le tiene puesto, y se pone el que ha limpiado, con que siempre es el que primero le estrena. Vase al espejo galanteando de cabeza, y dice: Mire usted qué sombrero y qué horma; Dios la bendiga, no la hay mejor en la corte. Este sombrero á un amigo se puede dar, y en su vida le ha visto otra vez. El que compra le mira y se le

prueba, y dice que le agrada; con que le saca otro y otro, hasta que le vuelve á dar con el primero, sin perder el ademán de ponérsele, alabando la horma ó su cabeza. En fin, llegan á concierlo, y pide tanto el que vende, que le da la mitad el que compra; á lo que el sombrerero, con una risilla falsa, dice: Usted no busca género tan bueno; aguárdese, verá sombreros de ese precio. Y sin aguardar mas razones, le saca uno de corrito recién venido. El hombre va apurando su paciencia, y el astuto vendedor, mas sagaz que la culebra en el manzano, le va sacando otros géneros hasta que le hace huir el precio; y muy atento dice que no puede darle, que antes le ha pedido menos de la costa. Déjale salir de la tienda, diciendo: Usted volverá á mi casa, que del maestro que este es no le hay en Madrid. Así que le ve fuera le vuelve á llamar, diciendo que vea otro género; con que el hombre enfadado se va huyendo á prisa de quien poco á poco le iba matando, y sin detenerse pasa medio portal, y da en otra tienda, donde hacen las mismas ceremonias que en la primera, si no mas; al cabo de dos horas que le han estado moliendo, ya enfadado, ajusta uno en mas de lo que vale, tan bueno, que á dos posturas descubre diez manchas, y con el calor de la cabeza se le caen las faldas, como las alas al tierno pollo cuando se quiere morir, quedando como sogas deshechas que ha fregado el vidriado de una boda en casa de dueño rico y gastador. A pocos días acierta á pasar por la tienda, ve en ella al que se le vendió, y dícele: Famoso salió aquel sombrero. A que responde el tal sombrerero: ¿Pues habia yo de engañar á hombres como usted? No hay en Madrid mejor ropa que la que yo vendo en mi casa. Tal salud tengas, dice el paciente, y se va.

Parece que lo has usado segun lo cuentas, dijo Onofre; pero dime, ¿está siempre la escalera puesta en la horca como ahora? No, respondió Juanillo, que el estarlo hoy da señales de algun ajusticiado. Sacólos de la duda un muchacho que, tocando una campanilla, declaró ser ajusticiados, pues sus voces decian: Hagan bien por el alma destes hombres. Preguntóle Juanillo: ¿Cuántos son mas de uno? Y respondió el muchacho: Otro. No parece bobo el tamaño, dijo Onofre, segun te ha respondido. No lo profesan ellos, prosiguió Juanillo, que son maestros del dos de bastos, y su habitanza es debajo destas armas reales, con otros de su porte; y no les falta para hacer saltar la taba y sustentar sus personas, en el inter que hay panaderos tontos, fruterías descuidadas y compradores divertidos, y lo que mas los engorda es un día destes, que como acude mucha gente que gusta de ver estos trabajos y se aprietan unos con otros, no sienten el que estos inocentes degüellen las bolsas á los descuidados.

Aquí llegaba Juanillo, cuando media docena de ciegos venian con grande furia sacudiéndose el polvo á palos, como suyos, dados sin mirar á quién, y sabida la causa, era sobre cuántos habian de estar debajo de la horca aquella tarde, rezando por el alma de los que habian de ajusticiar; pusieronlos en paz dos tuertos y

un bizeo, á tiempo que, volviendo la cabeza Juanillo, vió al verdugo que registrando estaba la escalera, y el verle fué causa que, perdiendo el color, se ausentase sin detenerse hasta que atravesó la plaza, huyendo como de la muerte. Siguióle Onofre, y así que se detuvo, le miró el rostro para saber la ocasion de haberle dejado solo, y viéndole de color mortal, le preguntó qué había sido la causa de su turbacion, que tan otro estaba. A lo que respondió: Déjame, Onofre, que solo el ver aquel hombre que ejecuta la justicia ha sido parte de haberse turbado todos mis sentidos, y solo pido á Dios que me tenga de su mano, que el corazon parece que no cabe en el lugar que siempre ha ocupado, segun los golpes que dentro da; y no es el miedo parte, pues quien á nadie ofende, no tiene qué temer; pero no puedo negarte la turbacion que me oprime en viendo, no solo á este hombre, pero á cualquiera que tenga vara de justicia en la mano, que mas quiero pedir por Dios toda mi vida libre de penas y desasosiegos que cuanto hay en el mundo, y siendo dueño de todo, habia de tener que hacer la justicia conmigo. Témolala porque representa la persona del rey, y el rey la de Dios; y como es Dios quien me ha de juzgar, en viendo vara de justicia, me parece que la aprension apoderada de mis oidos, dice: Juicio. Bien estoy con que se respete y ampare y tema á la justicia, dijo Onofre, pues por ella vive en su casa cualquiera seguro; pero que se desfigure un hombre de tal calidad, que parece que ha llegado el último vale de su vida, parece cobardía; pero el tener respeto y temor á la justicia la llaman los discretos cuartana de los nobles; y aunque en sangre no lo seas, has manifestado el serlo en el proceder, que es nobleza que granjea cada uno por sí, y no es la peor. Que lo adquirido mas lauro merece que lo heredado, y no desmerece asiento entre los buenos en sangre el que lo es en costumbres y proceder; y volviendo á tu turbacion, no me espanto si cuando viste al verdugo te acordaste de que su mujer con ofrecimientos te llevaba á su casa para que le sirvieses; y pues el color ya restituído va ocupando su lugar, y el habla sosegada dice que ha huído el temor, dime por tu vida, ¿salen en Madrid los ajusticiados á pié, ó á caballo? A caballo, respondió Juanillo; y el salir así es mucha ganancia para el verdugo, porque para un borrico que ha menester, recoge doscientos, y de todos le dan rescate los dueños, que son pobres labradores que vienen con leña ó paja; pero lo que mas hay hoy que admirar es ver dos mil tontas mujeres y muchos simples, que despues de colgados los penitentes, verás que llegan y los besan los piés, tocándolos con las manos y luego besando los dedos que llegaron al zapato, como si fuera reliquia milagrosa el pié de un hombre que muere á manos de la justicia, que aunque verdaderamente muere conociendo á Dios y sabe la hora en que ha de ser, ya ha sido un facineroso ó ladrón, y besar tales trastos mas es falta de cordura que otra cosa, porque á ser devocion, reliquias hay de muchos santos y efigies de Cristo y su Madre á quien adorar. Y si algunos mentecatos di-

jeran que lo hacen por ahuyentar el miedo, digo que mienten, que solo encomendarlos á Dios es la parte mas cierta para que halle el miedo resistencia, ó no verle morir y rogar por él á Dios. Bien dices, dijo Onofre; y ahora dime, ¿qué hacen aquí tantos hombres juntos, que su adorno me da que notar, pues veo unos que parecen molineros, y otros de harto trabajoso vestido, y todos me parece que deben de aguardar una misma cosa. Estos, respondió Juanillo, son Guzmanes, y aquí hay harto que notar, pues no todos son del arte que les da de comer, que aquí hay maestros de la albañilería y carpinteros que llaman de obras de afuera, y otros que llaman peones, que son los que amasan el yeso á los albañiles; y en sabiendo tirar cuatro pelladas, luego son maestros, y juegan de dórico y compuesto, siendo ellos los simples de que el compuesto se hace. Otros hay que ayudan á dar recado, entre los cuales hay muchos á quien faltó el caudal, y se vienen aquí á buscar en qué ganar un pedazo de pan. Y para que notes el pago mas ordinario que da el mundo, y que nadie puede decir bien estoy y seguro, pues aun los huesos no lo están despues de enterrados, repara en aquel hombre de la capa negra que tiene el rosario en las manos, que yo le conocí tejedor de sedas con ocho telares que todos trabajaban y su amo comia; y como ya la obra de Castilla no vale nada, porque las gaiterías extranjeras la han arrinconado llamándola broma, porque dura, y no reparamos en que el extranjero trae las telicas de cebolla, y se lleva el paño de Segovia para su gasto, y serie de nosotros; en fin, este hombre se perdió, faltándole el caudal, con las huecas destos infames usos, ayudando á ello mal tiempo, hijos y enfermedades, obligándole necesidad á venir á ser peon de albañil.

Mira aquel que tiene el medio panecillo en la mano, que se limpia los ojos á la capa, y creo que no es porque los tiene malos, que la causa será el sentimiento que en acordarse de tiempos pasados surte á los ojos. Era mercader joyero, y su corta suerte le ha traído á este estado. El otro día salió del hospital, y los amigos que tenia huyen dél en viéndole, como si fuera un apestado; pero ¿qué mayor peste que la pobreza? Solo un amigo ha sido el que no le ha faltado del lado, que es el perro que ves junto á él. Repara en aquel que toma tabaco: cuatro años ha que valia su hacienda diez mil ducados, y vivia quieto y regalado; y aun eso imagino que le ha echado á perder, pues se metió á arrendar una de las sisas que tiene el vino, y le sisó el sosiego y la hacienda; ha estado preso, y por pobre le soltaron, que la necesidad le obliga á venir á buscar quien le dé en qué ganar un real. ¿Y aquel que manotea tanto, preguntó Onofre, tan azulado de valona, es maestro? No, respondió Juanillo, que tambien viene á buscar quien le ocupe: ha sido juez de comisiones. ¿Qué dices? replicó Onofre; ¿y ahora viene á esta miseria? No hay que admirarse deso, prosiguió Juanillo, que un juez de comision se compone de un rodrigon, que despuedo en la casa en que sirve, con favor de criado de don Fulano, le dan una comision, con que le hacen de

hombre langosta, pues va á cortar las haciendas á los pobres labradores; y mas monta el tanto de sus salarios que el principal del negocio, y algunos vienen de la diligencia molidos á palos; y tiene buen gusto quien tal diligencia hace con ellos, que mas son ladrones que jueces de comisiones, si acaso hay diferencia entre estas sabandijas.

Perturbólos á la plática alguna gente que siguiendo á unos ministros venia; y apartándose á un lado, notaron que era un hombre, que asido de una mujer, decia haberle sacado veinte reales de la faltriguera, que los llevaba para comprar de comer. La mujer negaba á vueltas de lágrimas y buen rostro, con que los que cerca se hallaban volvan por ella ultrajando al hombre con palabras pesadas; bravo engaño es debajo de buen rostro malas mañas; lición es del demonio, pues para engañar á Eva se valió solo de un buen rostro. El hombre iba hecho una sierpe, y decia: En esta faltriguera la cogí la mano, señalando á la de un lado, y perderé el dinero si la miran y no la hallan. Con que un ministro, habiendo reparado en la instancia del hombre, se determinó á mirarla, y para hacerlo mejor la fué guiando á un portal para ejecutarlo con menos gente. La mujer se hacia muy pesada, con que dió bastante indicio, á tiempo que un hombre, que detrás iba de la mujer, vió que dejó caer en el suelo dineros, y llamando á la justicia, los dió aviso, diciendo que mirasen que aquella mujer dejaba caer el hurto en el suelo. Levantólo el dueño, y dijo: Un real de á cuatro falta, mírela usted. Hizolo el ministro, y de unas bolsas de lienzo, que parecian talegas de alcafonías, se le sacó.

Señora remilgada, dijo el dueño del hurto, ¿será razon llamarla ahora ladrona? Mire si ha salido á luz mi verdad y su infamia. La justicia, como vió la razon que tenia el hombre, y reparó en que la mujer habia enmudecido, tomaron su dicho, nombre y casa al hombre, y á la señora inocente llevaron á enjaular, para prevenir la penosa en frente del Hospital General.

Apenas se fué la justicia, cuando de entre la gente que se habia llegado salia dando voces un sacerdote, forastero al parecer, diciendo: ¿Hay mayor infamia y atrevimiento, que á la vista del castigo se esté robando? ¿Que tal pase en este lugar! ¿Qué es eso? preguntó un hombre; señor licenciado, ¿qué le ha sucedido á vuestra merced? A quien respondió el sacerdote: ¿Qué quiere que sea? Aquí llegué á ver este alboroto, y aquí me han alborotado mi sosiego, pues me han sacado veinte doblones de una bolsa y hasta dos pañuelos. Miraba las faltrigueras, y decia que no le habian dejado cosa en ellas; daba vueltas, y miraba al suelo, propia accion del que pierde algo inclinar la vista á la tierra, por ver si lo halla, y lo mismo hace el que se halla algo por ver si hay mas; nadie pierde mayor ni mejor alhaja que el tiempo mal gastado. No seré yo tan dichoso, decia, como aquel que topó el ladrón y el hurto; pero ¿dónde le he de buscar yo, que ya estará media legua de aquí? Y tambien podia ser estar mirando y oyendo lo que pasaba, que bien de ordinario sucede.

Onofre, atento á todo, estaba como fuera de sí, diciendo: ¿Es posible que á la vista de un suplicio, donde se ha de hacer justicia, se atrevan á un sacerdote? ¿Oh lugar! Oh confusion del mundo!

Vamos de aquí, dijo Juanillo, que estas cosas suceden tan de ordinario, que no hay que espantarse, y pues es hora de almorzar, sígueme. Hizolo Onofre, y á pocos pasos entraron en una casa, donde pidieron lo necesario, y con brevedad fueron servidos; y á poco rato vieron un hombre que, llamando á la dueña de la casa, la dijo: Vuestro marido queda preso en la cárcel de Corte. ¿Mi marido! ¿Por qué? preguntó la mujer. A lo que el hombre respondió: Porque él se tiene la culpa, que los hombres han de andar cuerdos y atentos con la justicia. Salia de la carnicería con un cabrito, y llegando un alguacil á mirarle, no lo consintió, y porfiando el ministro en que lo habia de hacer, se resistió sacando la espada. Miren qué desatino en un hombre como Domingo. Forzosa cosa será que usted tome su manto, que aquestas son cosas que no quieren dilacion en el negocio, y yo voy en el inter á la cárcel, y allí aguardo.

Fuése con esto, y Onofre preguntó á su amigo quién era el dueño de la casa que se atrevia á una resistencia formada con la justicia. Parécete juguete tal accion, debiendo andar prudente y cortés, pues sabrás, dijo Juanillo, que el que ha hecho la accion que has oido no tiene mas dignidad que ser tabernero, y ayer era mozo de pellejos; ha tenido buena suerte en esta casa, donde ha ganado para tenerlas; cuyas plumas son de oro, plata y cobre, y no repara que son parecidas á la estatua de Nabuco, que al primer vaiven de la fortuna no faltará una china que la deshaga; yo sé que ha dado en un valle que le han de hacer aplacar los tusos, aunque imagino que saldrá bien de todo, porque tiene todo, que es tener dinero: ¡oh buen Dios, lo que puede! Bien puede Marina sacar la huella y llevarla á la cárcel, que en estos lances no hay favor como el oro.

A este tiempo ya Marina se habia adornado; el manto era una capa de paño verde, con el cuello de terciopelo del mismo color, que sus señas decian: Soy de un lacayo, memorias que guardaba Domingo para acordarse de sus obligaciones. Marchó dejando encomendada la casa á una amiga suya, que en la cara se le conocia haber gozado de lo gálico, verde que pacen los machos de las salas de San Juan de Dios. Pague-mos, dijo Juanillo, y vamos, que la visita de la cárcel hoy no se puede perder, y verémos qué le dan á Domingo por la valentía.

Así que salieron á la calle, ya entraba la justicia, con el rigor que se sabe, á embargar el hacienda, como lo hicieron, cerrando la puerta.

Hombre ó mozo de tabernero, siéndolo, pues tambien lo serias de los pellejos, y aunque ahora no lo eres, lo has sido, y es fuerza que las heces te hayan quedado, ¿qué importa que tengas cuatro reales, si no tienes prudencia y eres humilde? Y qué importa que tu ha-